

Esperanza Iris: un boleto nos cuesta un peso, entramos; al principio nos es difícil saborear el espectáculo; pronto nos acostumbramos a aquellos cuerpos sudorosos, fatigados, insensibles, que, a fuerza de cansancio, mienten una original danza clásica... Nos parece que ya todos van a caer extenuados y, en seguida, nosotros, como los demás, establecemos diferencias de ardor entre ellos, y, sin saber por qué, cuando menos lo esperamos, aplaudimos a unos, siseamos a otros, y muchos sienten deseos de bailar hasta la muerte. El interés crece cuando alguien nos informa que algunos de los danzantes llevan más de veinte y cuarenta horas de estar a merced de una orquesta inagotable. ¿Y resistirán diez más...? Y ese alguien, dulcificando retadora, irónica, placenteramete, una sonrisa, en tanto se afirma en «su paraguas de sedas cautelosas», nos pronostica que hasta diez más, veinte, treinta, cuarenta. Una señora, que observa a su derecha, exclama escandalizada: «Son unos salvajes». Con todo, el espectáculo la retiene ciento veinte minutos más después de la interjección.

No es fácil comprender a estos espectadores: todos comentan la barbaridad del acto y todos asisten a él; quien por curiosidad, quien por estudio, quien por matar el tiempo. Se va por algo, eso sí. El pretexto es puente que elude cualquier foso.

Realmente, la curiosidad es el primer síntoma de irritación prehistórica: antes de entrar en el patio, no damos crédito a que haya quien baile más de cincuenta horas sin parar... Después, no sabemos qué sutiles e impalpables persuasiones nos conservan largo tiempo dentro del recinto: ¿es la exaltación a que se abandona gran parte de público, esa exigente exaltación que ondulaba como un mar en las gradas romanas, apagando el choque de las armas gladiatoras, y que, mucho después, ha estado tentada de pedir la muerte del torero en vez del toro y jamás en solicitar el indulto de la fiera? ¿Es el desfallecimiento en que, a poco, entran los concursantes, con sus rostros pálidos y descompuestos, sus piernas flaqueantes y movidas sólo por la costumbre mecánica del ejercicio, tales cosas, muchas veces, para caer como muertos por un rayo? ¿Es que ese afán cotidiano de enterarnos primero del crimen anunciado a grandes títulos en los diarios, necesita, imprescindiblemente, de una oportunidad para derramarse a todo gusto?

—Vea usted, me replica una señorita de ojos melancólicamente negros y a quien no le place estar incluida en tal apreciación,—es la novedad del espectáculo lo que lleva tanta gente.

Pero qué, ¿la novedad de una com-



- ¿Qué es el baile de San Vito, papa?
- Una enfermedad.
- ¿Y el baile de resistencia?
- Una estupidez.

(Excelsior, México, D. F.)

(POR GARCÍA CABRAL).

pañía de bailes rusos, de unos coros ucranianos, han llevado alguna vez a todo Méjico? ¿Y lo piensa conmigo ella que con la novedad se corren dos suertes, la de insistir en la asistencia y la de no volver, según se haya uno impresionado? ¡Oh, sí!, y ella misma, por no decir todos, se ha interesado por saber quiénes siguen bailando, mañana y tarde va a los pizarrones, y cuando creyó imposible que el número 27 llevaba ya cincuenta y siete horas, hubo una prolongación sonriente en sus labios, de irresistible, y fué a convencerse, ¿no a deleitarse?, por sus

propios ojos, de si, en efecto, aun danzaba; y como ella fueron muchos y muchas, muchas veces, desembolsando muchos pesos.

Eso sí, mi distinguida amiga no debe molestar, porque si convenimos en que es ese un acto de salvajismo, hay seres menos civilizados que nosotros:

Quienes luchan por el campeonato; los que están bailando desde hace sesenta horas.

MANUEL SEGURA

México, D. F., 10 de junio de 1923.

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA